

pudo disparar sobre la fiera un segundo tiro que la derribó en tierra; otro balazo acabó de matarla, y entonces se la coló sobre el lomo de un elefante, al que pareció repugnarle mucho aquella carga.

Los príncipes indios cazan el tigre algunas veces por un método especial y en proporciones colosales; á distancia de 4 á 5<sup>m</sup>, y sobre dos líneas convergentes, se clavan largas cañas de bambú de las que se suspenden grandes y sólidas redes hácia las cuales se echa á los tigres. En el ángulo formado por las redes se halla una elevada plataforma destinada para los mas hábiles cazadores, sobre todo para las altezas reales. Las redes miden una altura de 4<sup>m</sup> sobre el nivel del suelo, en el sitio donde son mas bajas, y están atadas muy ligeramente á las pértigas, de manera que puedan caer al momento sobre el tigre y envolverle, cuando se lanza contra ellas. Esta caza, que ya no se usa mucho hoy día, exige un gran número de hombres.

Es menester, sin embargo, tener cuidado de que no haya elefantes ú otros grandes animales en la parte cercada con las redes, porque en su huida las romperían y frustrarían así la caza del tigre á pesar de la línea de vigilantes.

En este género de caza se emplean todos los medios posibles para intimidar al tigre y obligarle á dirigirse hácia el sitio que ocupan los cazadores. Disparanse varios tiros; se tocan las cajas; se enciende fuego; se arrojan teas ardiendo entre los juncos, y empléanse con muy buen éxito grandes cohetes que se disparan á poca altura sobre las yerbas. Cuando parte uno de ellos y pasa sobre los cañaverales lanzando relámpagos, todas las fieras, y hasta el tigre mismo, se sienten poseídas de un terror indescriptible. Las chispas y los ruidos sordos, mezclados con silbidos, le inspiran un verdadero espanto; y no hay tigre que resista al dragón de fuego que vuela con tan ruidoso y terrible ímpetu. Al cabo de algunos momentos se ve cómo se agitan los cañaverales, y es fácil seguir la senda abierta por el animal espantado, que busca cobardemente su salvación en la fuga. El estrépito que oye detrás le induce á precipitarse hácia adelante; bien pronto alcanza las redes, que son demasiado altas para que pueda franquearlas y harto peligrosas para que trate de romperlas; y en cuanto á las pértigas que las sostienen, son tan delgadas y flexibles, que no le es posible trepar por ellas. El tigre se ve, pues, obligado á continuar su camino, y á llegar, costeadando las redes, hasta el punto donde los cazadores le esperan en toda seguridad. Esta manera de cazar, excelente en sí, no produce resultados que compensen los gastos que ocasiona y el gran aparato de fuerza que exige, razón por la cual no está muy en uso, ni puede considerarse sino como una partida de recreo.

El teniente Rice ha publicado una obra bajo el título *Tiger's Shooting in India*, en cuya obra refiere que ha dado muerte á 68 tigres, 3 panteras y 25 osos y que además ha herido muchos de estos animales.

En sus cacerías, iba Rice provisto de excelentes escopetas de dos cañones, acompañado de monteros á quienes pagaba generosamente y seguido de una valerosa jauría; él mismo penetraba en la espesura y buscaba al tigre que levantaban. El *schikari*, ó montero principal, iba algunos pasos delante, observando atentamente las huellas del tigre é indicando la dirección que debía seguirse. A derecha é izquierda marchaban los ingleses, con el dedo en el gatillo de sus escopetas, é inmediatamente detrás, los hombres mas seguros, con armas de repuesto cargadas; seguía despues una música compuesta de cuatro ó cinco tambores de diferentes tamaños, címbalos, coros y un individuo encargado de cargar y descargar un par de pistolas sin interrupción. Varios hombres, armados de sables y largas lanzas, servían de escolta á la música; formaba

la retaguardia cierto número de honderos, que lanzaban continuamente piedras á los cañaverales por encima de la gente, lo cual contribuía, mas que el estrépito infernal de los instrumentos, á levantar el tigre. De vez en cuando trepaba un hombre á un árbol para observar los movimientos de la fiera: toda la partida formaba una masa compacta.

Nunca se atreve el tigre á acometer á un grupo de hombres que se presenta de una manera tan ruidosa, pues tan salvaje y temerario es cuando se trata de acercarse á una presa furtivamente para sorprenderla, como cobarde cuando ve el peligro. Trata siempre de evitar una lucha con el hombre, y si observa que le persiguen, emprende cobardemente la fuga. Cierto es que cuando está herido se precipita con ciego furor sobre sus adversarios; pero si se avanza á través de los cañaverales con todo el aparato que acabamos de describir, puede tenerse casi la seguridad de que la vida de los monteros no corre gran peligro, por mucha que sea la espesura. La mayor dificultad consiste en tener la gente reunida, pues impulsados por su valor, algunos se dispersan á veces al menor indicio de éxito.

Este es el caso que ocurrió con uno de los monteros de Rice en cierta cacería en que ni el ruido, ni las teas encendidas bastaron para obligar al tigre á salir de su retiro. El montero, impaciéntado ya, penetró solo en la espesura sable en mano, y algunos momentos despues caía en poder de la fiera, que le desgarró horriblemente. Sin detenerse á reflexionar, precipitáronse detrás sus compañeros, y obligaron al tigre á soltar su presa; las heridas del montero causaban espanto, mas por fortuna no eran mortales, y el pobre hombre vivió para tomar aun parte en mas de una expedición. En una cacería semejante, un amigo de Rice, el teniente Elliot, estuvo á punto de perder la vida. Apoyados por cuarenta picadores, los dos ingleses se propusieron explorar una espesura que no prometía gran cosa; y acababan de trepar á un árbol con sus armas para esperar el resultado de la batida, cuando de pronto levantaron sus gentes un magnífico tigre que avanzó con lentitud hácia donde estaban los dos amigos. Ninguno de ellos se movió; pero uno de sus compañeros, que estaba al acecho en otro árbol, gritóles que estuvieran alerta, y esto bastó para que el animal cambiase de dirección, por lo cual no tuvieron apenas tiempo los ingleses para enviarle una bala. Los rugidos que lanzó anunciaban, no obstante, que estaba herido; mas se había internado tanto en la espesura, que no se podía ya tirar con probabilidades de éxito. Impacientes los cazadores le persiguieron entonces con mas ardor que prudencia; cruzaron por la espesura á la cabeza de la gente, y detuviéronse á distancia de trescientos pasos en una especie de explanada, donde desaparecía toda huella. Algunos de los cazadores, que habían subido á los árboles mas altos, exploraron inútilmente las cercanías: los dos ingleses se hallaban ya á veinte pasos de distancia de sus compañeros, con la vista fija en tierra para descubrir nuevas huellas de sangre, cuando se oyó de repente un rugido furioso, y saliendo el tigre de un agujero oculto bajo la yerba, precipitose sobre Rice. Apenas tuvo este tiempo para apuntar á la cabeza del animal á la distancia de dos ó tres pasos, disparando los dos tiros de su escopeta; detenida entonces la fiera por el ruido y el humo, y acaso tambien por las balas, lanzóse furiosa, de un salto inmenso, sobre el compañero del cazador, antes que pudiera apuntarla. Todo esto había sucedido con la rapidez del rayo, y cuando Rice se volvió hácia el tigre, vió á su desgraciado amigo bajo los piés del monstruo. En el mismo instante el montero principal le alargaba, con una sangre fría y una calma admirables, su segunda escopeta de dos cañones; Rice disparó inmediatamente el primer tiro, aunque sin éxito; y entonces fué forzoso detenerse, pues el

tigre acababa de coger por un brazo á su amigo desmayado y le arrastraba hácia la espesura de donde había salido. Era de todo punto indispensable herir á la fiera en la cabeza para matarla instantáneamente, pues de otro modo solo se hubiera conseguido excitar mas su rabia. Por esto la siguió Rice á corta distancia, esperando el momento favorable; despues de haber apuntado varias veces inútilmente, creyó al fin llegado el momento, oprimió el gatillo, y tuvo la suerte de tocar la cabeza del tigre que rodó espirando sobre su víctima. Otro balazo fué suficiente para rematarle; y rebosando de alegría, Rice pudo libertar á su amigo, medio sofocado

por el peso del animal. Los monteros estaban fuera de sí: al primer ataque retrocedieron involuntariamente; pero bien pronto avanzaron con valor, y pidieron permiso al teniente para atacar con sus lanzas. El criado de Elliot se hacia notar entre todos por su desesperación: gritaba lastimeramente que su amo estaba perdido, y tiró sobre el tigre, sin pensar lo peligroso que era esto para el mismo á quien quería salvar. Por fortuna no estaba Elliot herido mortalmente; el manotazo que el tigre le dirigió á la cabeza no le tocó, por haberse deslizado la pata sobre la escopeta; así es que el cazador salió del apuro á costa de una terrible herida en el brazo. El golpe

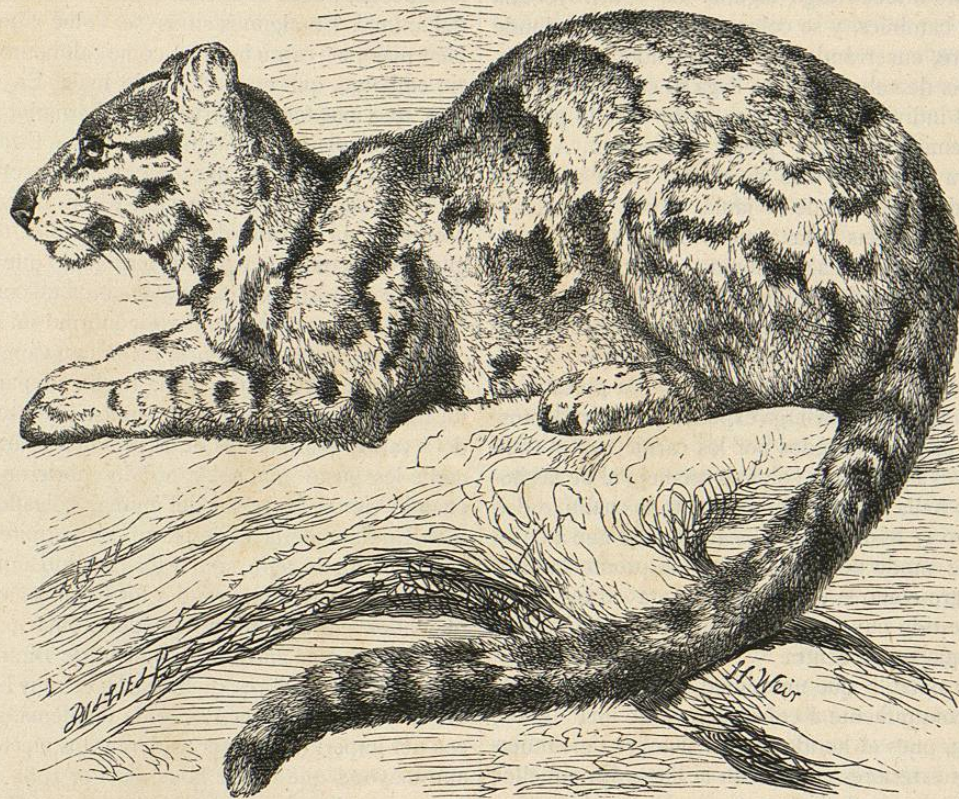


Fig. 124.—EL TIGRE LONGIBANDO

del tigre había sido tan violento que aplastó la llave del arma. En Java se emplea, segun Wallace, la lanza sola para la caza del tigre. Se cerca con centenares de hombres armados un gran terreno, estrechando poco á poco el círculo, hasta que la fiera está completamente encerrada dentro del mismo. Viendo que ya no puede escapar, el tigre se precipita sobre sus perseguidores, que le reciben en la punta de sus lanzas y le matan en pocos momentos. Además de los modos ya descritos de cazar á la fiera, hay otros muchos para deshacerse de ella. Se emplean con ventaja trampas de todas clases, y sobre todo, zanjás. Estas se asemejan, segun Wallace, á un horno de fragua; son mas anchas por abajo que por arriba y tienen cinco ó siete metros de profundidad, por manera que ni los hombres ni los animales pueden salir sin auxilio ajeno. Estas zanjás se hacen en los sitios por donde ordinariamente pasa el tigre, bien escondidas, cubriéndolas cuidadosamente con ramas, palos y hojarasca, de modo que apenas puede notarse el hoyo. Anteriormente se fijaba en el centro de la zanja un palo puntiagudo, pero esto se ha prohibido, al menos en los alrededores de Singapur, desde que un viajero murió de resultas de una caída en una de estas zanjás. Segun Yagor, los europeos en Singapur temen mas estos fosos que á los mismos tigres. A pesar de las desgracias diarias, están convencidos los europeos de que el tigre ataca á los

culies chinos, pero no á ellos, y por eso pasan sin miedo por los senderos de los bosques cerca de los cuales viven los tigres, sin dar á eso ninguna importancia. Las zanjás, al contrario, las teme todo el mundo, aun cuando prestan buenos servicios: el día antes de llegar Yagor á Singapur, habían sido cogidos dos tigres en una de ellas. En Java se construyen, segun escribe Hasskarl, trampas de troncos de madera, atrayendo á las fieras con un cabrito vivo. El tigre, llegado al lazo, se detiene receloso unos momentos, pero despues resuelve apoderarse de la presa y entra en la trampa, cuya puerta se cierra tras de él. Tan miedosos son los javaneses del tigre en libertad, como llenos de valor se manifiestan al verle cautivo. Cuando no hay órdenes contrarias del gobierno, es seguro que no dejan con vida al prisionero odiado; le atraviesan con centenares de lanzas, si bien con estas hazañas de venganza pueril quitan el valor á la piel.

El fuego es muy eficaz contra los tigres. De tiempo en tiempo se incendian las madrigueras principales de los tigres, colocando al lado opuesto al fuego redes muy fuertes; á lo largo de la línea formada por estas se ponen en altos tabladitos buenos tiradores. Cuando se puede averiguar el sitio donde el tigre ha empezado á devorar su presa, se construye al lado una choza, desde la cual se mata á la fiera al volver para comerse el resto. Hay otros modos muy extraños de ca-

zarle; así, por ejemplo, se coloca en los caminos por donde suelen pasar estos carniceros, una multitud de hojas untadas con liga. El tigre se acerca y va pisando las hojas así preparadas, que se le pegan al punto á sus piés. Esto le irrita, intenta deshacerse de ellas, y con sus fuertes movimientos se le pegan mas aun. Al fin se enfurece, se revuelca por el suelo, y al poco rato queda todo su cuerpo cubierto de hojas que hasta le tapan los ojos y las orejas, de modo que casi no puede hacer movimiento alguno; entonces lanza un rugido terrible que atrae á sus enemigos, los cuales con poco trabajo acaban con él.

Existe otro método de caza, al parecer muy peligroso, pero que en el fondo no ofrece riesgo alguno. Se construye una jaula con fuertes bambúes, y se coloca en el sitio por donde suele pasar el tigre, encerrándose en ella un hombre armado, que hace las veces de cebo. El tigre llega al caer la noche, y ve bien pronto al individuo que por su parte hace lo posible para atraer al enemigo con sus quejas y lamentos. Aproximase la fiera para examinar mas de cerca; ve la supuesta víctima á través del enrejado de la jaula, y trata inmediatamente de romperla con sus patas; mas como no puede hacerlo sin descubrir su pecho al prisionero voluntario, aprovechando este un momento favorable, atraviesa de una lanzada el corazon del animal. Como el arma está envenenada, al menos en ciertos países, el tigre cae al primer golpe.

En todas las cacerías, tienen los *shikaris* la precaucion de vestir un traje especial: una larga experiencia les ha demostrado que en los países infestados por los carniceros, el traje mas conveniente es aquel cuyo color se asemeja al de las hojas secas, pues se halla tan en armonía con todo cuanto rodea al cazador, que no se le distingue absolutamente aun á corta distancia. De este modo no se fija en él tan pronto la vista penetrante del tigre como si el hombre entrara en los cañaverales con un vestido cuyos vivos colores contrastaran con los del lugar en que se encuentra.

No deja de ser notable que un animal tan poderoso como este, sucumba comunmente á consecuencia de una herida, por ligera que sea, pues el herido es casi siempre tigre muerto, porque causas exteriores envenenan la llaga. En aquellos países cálidos, el número de insectos que pican y chupan es mucho mayor que en los nuestros: centenares de moscas se apresuran á depositar sus huevos en los bordes de la herida y al segundo día se manifiestan ya úlceras muy peligrosas; sobreviene bien pronto la fiebre y muere el animal, aunque la bala no haya interesado ninguna de las partes esenciales del cuerpo. Sin embargo, puede suceder tambien lo contrario, como lo prueba el caso del tigre herido por el búfalo; Hasskarl encontró las heridas de aquel llenas de gusanos.

Por lo demás, basta tener un poco de práctica para que los cazadores reconozcan si la herida del tigre es mortal ó leve. En efecto, si una bala atraviesa el corazon, los pulmones ó el hígado del tigre, al huir este, hace unos movimientos convulsivos á los cuales se debe que imprima con mas fuerza sus garras en la tierra; y estas señales son muy marcadas, aun para el cazador mas inexperto. Si la herida es leve, el animal anda como de costumbre, es decir, sin dejar huellas de su paso: las manchas de sangre no bastan comunmente para juzgar de la gravedad de una herida, pues los tigres que, por ejemplo, han recibido un balazo en el pecho, rara vez derraman una sola gota de sangre. La piel, movable y elástica, cubre la herida á causa de los movimientos del animal é impide que se escape el líquido.

Asegúrase que el cadáver de un tigre entra pronto en putrefaccion, razon por la cual se tiene sumo cuidado en no exponerle á los rayos del sol. Si no se tiene la precaucion de

poner el cuerpo en sitio conveniente, á los pocos minutos comienza á desprenderse el pelo en grandes mechones, y algunas horas despues entra la descomposicion. Por lo mismo, apenas se mata un tigre, se le cubre de una capa de ramas provistas de sus hojas y se desuella cuanto antes.

Harskarl asegura lo contrario, cuando dice que en Java se hacen varias jornadas de camino llevando tigres muertos, para recibir del primer empleado de la provincia el premio correspondiente, á pesar de lo cual, no se nota sino excepcionalmente, una putrefaccion rápida.

La utilidad que la caza del tigre da á un cazador diligente, es bastante considerable. Prescindiendo del premio que se le concede, puede convertir en dinero casi todas las partes del animal. En algunos sitios se come tambien la carne, si bien mas por capricho que como alimento. Yagor asegura, sin embargo, que no es del todo mala. En una lucha de tigres, que mas tarde referiré, el gobernador ofreció como regalo á este viajero, los tigres muertos. «Estando, dice Yagor, las pieles destrozadas, me contenté con incorporar los gusanos de los intestinos á mi coleccion y con mandar asar algunas costillas. Al contrario de lo que esperaba, tenían muy buen gusto, casi como de carne de ternera, lo que los otros huéspedes, que demostraban cierta aversion á tal comida, no querian creer. El gobernador, empero, confirmó mi opinion.

»Durante su permanencia en Bangu-vangi, donde la carne de vaca era muy escasa, habia hecho preparar los lomos de un tigre jóven, como si fuese un asado de ternera, convidando á varios plantadores de la provincia para la comida. La carne les gustó mucho, y no descubrieron la trampa, sino cuando vieron los restos del animal colgados en la despensa.» En la Siberia sudeste no se permite, segun Radde, comer carne de tigre, sino á los cazadores que hayan muerto alguno de estos animales, ó á los hombres ancianos y experimentados; las mujeres no pueden tomar parte en estas comidas, al menos entre los tungusos de Birar. Segun la creencia de estos cazadores, dicha carne es muy buena para darles fuerza y valor. Tambien sirve de medicina, si bien los médicos del imperio celeste consideran los efectos de los huesos aun mayores que los de la carne. Por toda la carne de un tigre pagan los daurios, por término medio, 18 á 20 *lanes* (137 á 156 francos). Las rótulas tienen mayor valor y se paga por ellas sobre 3 *lanes* de plata; despues siguen las dos primeras costillas que valen un poco menos, etc. En otros sitios tienen los dientes, las garras, la grasa y el hígado mas valor que la carne y los huesos.

Los dientes y las garras no son únicamente para los *shikaris* trofeos de gran precio, sino tambien preservativos ó amuletos contra los ataques del tigre, segun el principio homeopático *similia similibus*. La lengua y el hígado son tambien muy apreciados; los charlatanes indios los preparan, en efecto, con toda clase de ceremonias cabalísticas, conforme á las reglas del arte, y venden despues estos productos á los crédulos aficionados á muy subido precio. La grasa se considera como el mejor remedio para los dolores artirico-traumáticos, por cuya razon se conserva cuidadosamente. A causa de los grandes calores que reinan en los países frecuentados por los tigres, esta grasa se pondria rancia bien pronto, corrompiéndose despues, si los indígenas no supieran clarificarla á su modo, á fin de conservarla durante algunos años. Cuando se desuella el tigre, los cazadores la extraen con mucho cuidado, la ponen en botellas destinadas especialmente para este uso, y despues de tajarlas bien, las exponen durante todo el dia al calor solar. Cuando el contenido se ha liquidado, se puede clarificar fácilmente la grasa, que se conserva entonces muy bien. Los europeos hacen tambien uso de ella, pero solo para engrasar sus armas.

La piel se curte con cualquiera materia propia para ello y se la aplican preservativos contra los escarabajos; la mayor parte de ellas se venden á los europeos ó á los chinos. Se las aprecia menos que la del leopardo, y se sirven de ellas como cubiertas para los caballos, sillas ó trineos, y en China las emplean como almohadas. En Europa se usan hoy muy poco; pero los kirguises las estiman mucho, como adornos para sus aljabas y cambian generalmente un caballo por una piel.

REPRODUCCION.—La época del celo en el tigre, si quiera varie á tenor de las condiciones climatológicas de los países que habita, suele en general coincidir con el principio del invierno, época durante la cual óyese retumbar con mas frecuencia que de costumbre el terrible rugido del tigre, que podria traducirse con bastante exactitud por las sílabas *ha-ub*. Algunas veces se encuentran varios machos cerca de una misma hembra, aunque se asegura que las tigres son mas numerosas, atribuyéndose esta diferencia á los combates que traban los machos en esta época, mientras que la verdadera causa es probablemente la mayor precaucion de las hembras.

Ciento cinco dias despues de la cópula, la hembra da á luz dos ó tres pequeños, que oculta en un lugar inaccesible, en medio de los bambúes y de los juncos, y de preferencia bajo la sombría espesura de un corinto. Los recién nacidos tienen la mitad del tamaño de un gato doméstico, y son tan graciosos como todos los jóvenes felinos. Durante las primeras semanas, la madre solo los abandona si se siente acosada por una hambre devoradora; pero cuando son mayores y comienzan á buscar alimentos mas nutritivos, ronda á lo lejos, siendo á la sazón doblemente peligrosa. El macho no se cuida de los cachorros, aunque en caso de necesidad acude en socorro de la hembra para defender á la familia.

Se consigue muy á menudo coger una cria de tigres pequeños, en cuyo caso se oyen resonar durante varias noches los furiosos rugidos de la madre, que no teme presentarse con la mayor audacia en los alrededores de los pueblos y de las viviendas donde supone que se hallan sus pequeños. Si descubre las huellas de los raptores, comienza á seguirlas, y entonces es cuando se necesita estar alerta, porque sobrexcitada la fiera, no conoce ya el riesgo, y se precipita con loca temeridad sobre los que le han quitado sus hijos. Estos contribuyen comunmente con sus gritos á indicar el camino á la madre.

Dos tigres jóvenes que unos indígenas llevaban al capitán Williamson, aullaban continuamente y con tal fuerza, que atrajeron, no solo á la madre, sino á un macho: ambos respondieron á los gritos de los pequeños con rugidos espantosos; y el inglés, temiendo un ataque, los dejó en libertad. Al dia siguiente por la mañana observó que el macho y la hembra habian venido á buscarlos para llevárselos al vecino bosque.

No creo que el macho haya ayudado á llevar á los pequeños; ciertos experimentos que hemos hecho con cautivos contradicen esta opinion. Una tigre del jardín zoológico de Berlín, que habia parido y criado dos cachorros, se precipitó furiosa contra el padre de estos, cuando por primera vez se presentó delante de ella; maltratándole con rudos golpes de garra, y rugiendo, le obligó á retirarse apresuradamente; seguramente era el miedo de que el macho pudiese hacer daño á sus hijuelos, lo que hizo obrar así á la hembra, puesto que antes habia vivido en la mejor armonía con su esposo.

Los preliminares amorosos son mas tranquilos que los de otros grandes felinos, y el apareamiento se verifica sin los usuales golpes de garra, si bien con alguno que otro gruñido.

Cuando la madre tiene suficiente leche, trata con mucha ternura á sus pequeñuelos; los acaricia, se los pone á las ma-

mas y los lleva siempre al puesto de la jaula que le parece mas seguro. Muchas tigres, desde que son madres, miran á sus guardianes, á los que de ordinario quieren mucho, con la mayor desconfianza, y demuestran su malevolencia de un modo bastante expresivo; otras les conservan el mismo apego y cariño que antes les tenían. Los pequeños nacen con los ojos cerrados ó apenas entreabiertos, y crecen rápidamente; juegan pronto con la madre, como lo hacen los gatitos; riñen uno con otro y bufan cuando ven á su guardian, hasta que reconocidos al buen trato, se hacen prudentes y mansos. Tambien se acostumbran á sus congéneres, traban amistad con perros, y pueden, segun noticias que me parecen dignas, familiarizarse tanto con otros grandes felinos, por ejemplo, con los leones, que se aparean y producen mestizos.

CAUTIVIDAD.—Ultimamente se han hecho grandes progresos en el arte de domar los tigres; con frecuencia tienen los domadores suficiente audacia para penetrar en sus jaulas, haciéndoles ejecutar toda clase de habilidades; pero nos parece que este será siempre un ejercicio muy peligroso.

El tigre, como todos los verdaderos gatos, manifiesta cierto apego á los que le prodigan caricias, á las cuales corresponde algunas veces; su amistad, no obstante, es siempre dudosa, y si consiente en someterse al hombre hasta el punto de hacer cosas contrarias á su índole, solo es mientras se ve en la precision de reconocer la superioridad de su amo.

Jamás se puede tener plena confianza en él, no porque se deba temer su falsedad, sino por su gran fuerza que él mismo conoce muy bien. No es falso y malicioso, como el gato doméstico, pero tampoco se deja maltratar y se rebela cuando no le gusta el tratamiento del hombre. Una hermosa pareja de tigres que yo cuidaba, me saludaba cada vez que me veia con un bufido significativo, y me lamia con ternura las manos cuando las ponía entre las rejas; nunca pensó en hacerme daño. Los animales sabian que yo les queria y se mostraban agradecidos. Han dado de ello tantas pruebas que, al menos yo, no cambiaré de opinion acerca de su carácter.

Un tigre jóven, que llevaban á Inglaterra, era atendido cuidadosamente por el carpintero del buque, quien le castigaba, sin embargo, cuando no se portaba bien.

En prueba de agradecimiento por sus beneficios, sometíase el tigre á los correctivos como un perro, y cuando dos años mas tarde volvió á ver á su amigo, no solo le conoció en el acto, sino que manifestó tal alegría, que no vaciló el carpintero en penetrar en la jaula. Fué recibido con toda clase de caricias, y solo al cabo de tres horas pudo separarse de aquel amigo demasiado afectuoso.

El tigre cautivo se acostumbra fácilmente á los perros; se ha visto alguno, que como el leon, perdonaba la vida á un perro arrojado en su jaula; y aun algunas veces llegan á profesarles un tierno afecto.

Naturalmente no se pueden exigir cosas imposibles á un carnicero de su especie. Les es tan difícil reprimir sus inclinaciones sanguinarias, como las suyas al leon mas manso ó á nuestro gato, que desde la mas remota antigüedad se halla bajo la educacion del hombre, puesto que esas inclinaciones forman parte inseparable de su sér. Sobre ellas se fundan las opiniones falsas que se emiten. Yo comprendo muy bien que un tigre jóven, cuando se escapa, se lance sobre animales domésticos y otros, pues no sabe resistir á su instinto natural que depende de la estructura de su cuerpo; y tambien me parece muy justo que haga sentir su superioridad siempre que el hombre le irrita. Pero fuera absurdo llamarle por eso falso, malicioso, infiel, ó darle otro calificativo de este género de los cuales tanto se abusa. Sucede con ellos lo que con nosotros, que la educacion podrá hacernos hombres, pero nunca ángeles.